

VOLTAIRE ENAMORADO

Nancy Mitford. Trad. Miguel de Hernani.
Duomo. Barcelona, 2012. 288 págs. 18 euros.

I. F. Garmendia

Hay muchos buenos libros sobre la vida de Voltaire y todos dedican una parte no pequeña del itinerario a glosar la estimulante relación que el astuto *philosophe* mantuvo con su gran amiga, amante y compañera de estudios Émilie du Châtelet, pero tal vez por haberla leído de joven uno nunca se cansa de recomendar aquella ya vieja novela de Savater, *El jardín de las du-*

Una comedia dieciochesca

das, que recreaba dicha relación de una manera deliciosa. En adelante, sin embargo, podremos recurrir a este otro libro, hasta ahora inédito entre nosotros, que lo supera en encanto, lo que no puede extrañar viniendo de una escritora como Nancy Mitford.

Debemos a Luis Solano, el editor de Asteroide, el descubrimiento de las maravillosas novelas de Mitford, de la que teníamos noticia menos por su literatura que por su

pertenencia a una familia noble, glamurosa y disparatada, en la tradición de los “excéntricos ingleses” de *Dame* Edith Sitwell. Compañera



de generación de Evelyn Waugh, que la adoraba, o de Harold Acton, que le dedicó una *Memoir*, la mayor de las hijas del barón de Redesdale culti-

vó con éxito la narrativa de costumbres, pero escribió además una serie de populares biografías dedicadas a madame de Pompadour, el Rey Sol o Federico el Grande.

Publicado en 1957, *Voltaire in Love* es un libro luminoso, en el que seduce tanto la hermosa historia que se nos cuenta como el tono bienhumorado de la narradora y su habilidad para el retrato histórico, aprendida –como dice el prologuista de la edición de Duomo,

Adam Gopnik– del propio biografiado. Mitford recrea los lazos amorosos e intelectuales de la singular pareja, el cómico triángulo entre el filósofo, la marquesa y el emperador Federico –que admiraba de Voltaire algo más que su talento– y la *liaison* clandestina entre el primero de ellos y su sobrina Denis. No es una historia en absoluto ejemplar, pero enseña más de la condición humana que los severos tratados de los moralistas, pues Mitford no ignoraba, como buena francófila, que el reverso mezquino de la grandeza no hace otra cosa que enaltecerla.